

## “Hay un lugar...”

M. Campa

Varias circunstancias dificultaron, en el pasado, que se subrayaran suficientemente los rasgos asturianos de la obra de Clarín. En primer lugar, hay que señalar la atención multitudinaria polarizada en La Regenta; con lo que Leopoldo Alas aparece, con frecuencia, como un autor vinculado, únicamente, con Vetusta, quedando muy en segundo término sus narraciones cortas, muchas de las cuales tienen como escenario la vieja Asturias rural. Dejando para los especialistas la discusión acerca del rango que corresponde a los cuentos de Clarín en el conjunto de su obra, sí cabe señalar, sin ninguna duda, el primerísimo rango estético que corresponde a alguna de estas narraciones, como es el caso de “Adiós Cordera”, tal vez el más asturiano entre todos los mitos. Aunque en menor medida, sucede algo parecido con Pérez de Ayala. En esta insuficiente consideración del carácter asturiano de la obra de Clarín, incide también el escaso uso que hace del bable, reducido a la toponimia, nombres de personas y alguna frase coloquial. Sin embargo, el desconocimiento del bable por parte del gran escritor ovetense es similar al que profesan, hoy, numerosas personas de origen urbano, no lingüistas: es lo más frecuente que confundan, por ejemplo, el bable occidental con el gallego-asturiano o astur-galaico. En fin, algunos puntualizan, constantemente, que Clarín nació en Zamora, lo que es, de seguro, poco relevante para la formación del escritor. Y, aunque, a nivel de derecho, los textos más vinculados a Asturias serían, lógicamente, los escritos en bable, de facto, tal vez ningún relato nos represente mejor que “Adiós Cordera”, y puede que no haya ninguna descripción del paisaje asturiano –si exceptuamos alguna de Pérez de Ayala– que pueda compararse con las primeras líneas de “Doña Berta”.

Uno de los grandes problemas de Asturias es la gran incapacidad que tenemos para conectar tradición y modernidad sin quedarnos sin la “Cordera”. Ahora mismo, corremos el riesgo de quedarnos sin nuestra mejor vaca: nuestro paisaje. Contamos con no pocas papeletas para destruir el paisaje tradicional, antes de tener las vías de comunicación adecuadas. Nuestro paisaje no es sólo un hecho natural, sino, y sobre todo, el fruto del trabajo secular de los campesinos. Lo explicó muy bien Valentín Andrés: “El labriego que cuida el verde de las praderías, siembra maizales, planta pumaradas y adorna corredores, solanas y paneras con doradas colgaduras de panoyas, al trabajar su hacienda es un artista decorador de paisajes”. Pero, si “Adiós Cordera” parece expresar una parte del destino de Asturias, los primeros compases de “Doña Berta” son la expresión máxima de lo que Pérez de Ayala calificaba de “panteísmo asturiano”. Hace unos años, en el Centro Asturiano de Buenos Aires, los asistentes a un acto público se pusieron espontáneamente de pie para aplaudir esta bellísima exageración de Clarín: “Hay un lugar en el norte de España a donde no llegaron nunca ni los romanos ni los moros; y si doña Berta de Rondaliego, propietaria de este escondite verde y silencioso, supiera algo más de historia, juraría que jamás Agripa, ni Augusto, ni Muza, ni Tarik habían puesto la osada planta sobre el suelo, mullido siempre con tupida hierba fresca, jugosa, oscura, aterciopelada y reluciente, de aquel rincón suyo...”